

ORACION FUNEBRE A DIEGO RIVERA*

por

ANTONIO CASTRO LEAL

DESCANSA al fin en la tierra este artista inmortal, hijo inquieto de un siglo en revuelta.

Toda una época, de la que fue testigo y cronista monumental, desaparece con él. En su tiempo se renueva la pintura y se renueva la historia. Ninguna de esas dos transformaciones fue una sorpresa para él; algo en su interior marcaba el rumbo del destino. ¡Qué absurdo le hubiera parecido un mundo de quietud en que la pintura no estuviera en rebelión, en que la sociedad no tuviera ansias de renovarse!

Y, sin embargo, no sólo pertenece a ese mundo nuevo que lo transportaba como una epifanía. Parece una voz que viene de muy lejos, y una obra es hija del alma de un pueblo que lleva siglos de dominar la materia y el color, de modelar con inspiración y sabiduría, de pintar con ese ahorro que tienen las palabras en los salmos y los refranes. Y Diego Rivera sentía que esa genial capacidad suya era nada más una de las virtudes de su pueblo, de un pueblo humilde y profundo que tiene el secreto de las formas que dan cuerpo a un dios, angustia a una máscara, vida a un animal, gracia a una vasija, a un instrumento, a un muro.

Y esas virtudes inmemoriales que, a la llegada de los españoles, se escondieron como las aguas subterráneas, tardaron siglos en brotar de nuevo en el ancho cenote iluminado por las luces del cielo. Aguas tranquilas, transparentes, cristalinas de José María Velasco; aguas amargas y revueltas, azotadas por el viento, conmovedoras y generosas de José Clemente Orozco; aguas fieles y luminosas, intencionadas y limpias, aguas inmensas en que Diego Rivera fue copiando medio siglo de la historia de México.

Con la pasión de los grandes mensajes que salvan a los pueblos —como el Evangelio y la historia sagrada en los relieves, los vitrales y los frescos de las iglesias— Diego Rivera fue enseñando en sus pinturas murales —a los que no saben leer y a los que no quieren leer— la vida dolorosa de los humildes en las fábricas, los campos y las minas, la historia de México desde los encomenderos hasta los latifundistas, desde los misioneros hasta los profesores

* Pronunciada en la tumba del pintor el 26 de noviembre de 1957.

rurales, celebrando a los héroes y llorando a los mártires, siempre con la enorme esperanza de la redención de los pobres. Y toda la trágica y conmovedora historia del pueblo mexicano la pintó con una fuerza, con una elocuencia y con un arte que se habían perdido desde los tiempos de Miguel Angel y Rafael.

Como es grande por su pueblo y dentro de su pueblo, Diego Rivera alcanzó una dimensión universal. Resucita el arte de la pintura mural y durante cuarenta años consecutivos produce una obra prodigiosa por su abundancia, su color, riqueza de composición, infinita variedad de temas, novedad de invención y alto y sostenido nivel de calidad. Es indudable que en la historia universal de la pintura de nuestro tiempo, Diego Rivera ocupa uno de los primeros lugares.

Y ahora lo perdemos. Acaso no pida de nosotros más que la ternura que tuvo siempre para los pobres y los humildes, para los niños descalzos, para los indios cargados de miserias y de flores, la gran ternura que tuvo para todo su pueblo. Durante su vida reunió miles de preciosos objetos de barro y de piedra, labrados por los indios nuestros abuelos, antes de que llegaran los españoles. Con esos objetos formó un museo, emporio del genio plástico de nuestra raza. Antes de morir quiso Diego Rivera que ese museo fuera de todos los mexicanos, para que aprendiéramos a apreciar lo nuestro. Regaló también al pueblo mexicano su casa de Coyoacán y la pirámide donde se instalará el museo, las obras que deja, y los derechos de reproducción de todas las obras que ha pintado. Todo lo que deja es de su pueblo, como él mismo, como su arte, como su memoria.

Descanse en paz el artista que, como los mayores genios creadores, pudo alcanzar las cimas más altas sin perder el contacto con el pueblo. Descanse en paz el hombre de buen corazón, que no olvida que los bienes acumulados en la Tierra los debe al pueblo y que a él han de volver. Descanse en paz el trabajador esforzado, que supo realizar una obra de todas las horas, que fue consuelo de su vida, enseñanza y deleite para los demás, honra y orgullo para su patria.